

empuje, y por fin que se alejaban disparando tiros y causando destrozos.

— ¡Ya corren los malditos mochos! decía un soldado. ¡Vénganse, mochos *coyones*; aquí hay *pirata*!

Y cuando más satisfecho lanzaba un ¡uy! ¡juy! ¡juy! de triunfo, vino una bala de rifle que le ahogó la voz en la garganta.

Cuando miré á mi derredor, noté el cuadro más tremendo que había visto — yo habituado á todos los horrores y connaturalizado con ellos tiempo hacía. A mi lado estaban dos soldados, uno con el vientre hendido como si le hubieran pasado un arma cortante meneándosela de arriba abajo; otro con una sola herida de bala que manaba sangre poco á poco. Delante, detrás, encaramados en el muro, recostados en las troneras, al pie de los árboles, había más muertos; pero no eran tantos como los heridos, que se lamentaban mostrando desnudeces, dando gritos, solicitando la compasión con ayes y bramidos de dolor.

Los vivos nos mirábamos unos á otros con ojos de espanto: todos teníamos las caras negras, las barbas hirsutas, los cabellos desordenados, los trajes rotos.

De repente un sargento me llamó la atención.

— Vea, mi comandante, los mochos han dejado una... dos... tres... cuatro... nueve piezas abandonadas. ¡Qué buena oportunidad para cogerlas! ¿Dónde están esos

tagarnos que no salen á dar una carga... Si no ahora, ¿cuándo? Ser su cuerda y no tocarla.

En efecto, brillaban abandonados en dirección de la Casa Mata los nueve cañones de diferentes tamaños.

— ¡Qué *tanteada*! decía uno; con un impulso de los de Quiroga se ganaba todo.

— ¡Pero si han dividido á los blusas en fracciones de diez y quince hombres!

— ¡Animas, que se muevan esas gentes, que sino, no va á haber tiempo!

Fué profeta el pesimista, porque apenas pasado un cuarto de hora llegaron los contrarios y marcharon con los cañones.

Dos piezas, creo que de la brigada Zaragoza, causaban daño á la columna de Márquez defendiendo al mismo tiempo nuestra posición; pero no tardó el enemigo en voltear su artillería y en desmontar la nuestra apagándole los fuegos. Entonces cambió todo el aspecto de la jornada; un hombrecillo bajo de cuerpo, blanco de rostro y llevando toda la barba, montó á caballo y arengó á sus gentes.

¿Aquellos hombres eran diez, eran mil, eran un millón? No sé; lo que me consta es que caminaban decididos á conquistar nuestra posición.

Auxiliados por los dos obuses de que disponían se acercaron á las bardas, brincaron á las troneras, se asieron

de los fusiles mismos que se les oponían y acabaron por hallarse dentro de la huerta.

¡Cuántos soldados murieron abrazados, confundiéndose en un solo estertor el lamento del mocho y el grito de rabia del liberal! ¡cuántos fusiles embalados; cuántos combates singulares á bayoneta, á sable, á mazazos, á mordiscos y á arañazos! Aquellos no eran hombres ni eran fieras; eran demonios furiosos, con ánimo de destrozarse.

Al norte del Arzobispado, en la casa única del rumbo, se colocó una batería de montaña; resistimos unos cuantos minutos, pero ya no era posible la defensa; no había quedado uno para referirlo y de nada habría valido esa muestra insensata de valor.

Cuando penetraba el bajito de cuerpo por la puerta de campo del jardín, nuestra brigada Aranda huía á todo correr; pero no en retirada, no poco á poco y defendiéndose, sino en carrera loca, desenfrenada, sin orden ni arreglo.

Las doce serían cuando caíamos el punto y nosotros prisioneros; todavía escuchamos tiros por la Casa Mata, por la Loma del Rey y por Mixcoac; pero estábamos seguros de que los nuestros huían perseguidos de cerca.

Pero déjame tomar aquí un poco de aliento para referirte lo que falta, que es peor aún que lo contado.

Hasta mañana.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

Del mismo al mismo.

México, 19 de Abril de 1859.

Guillermo mío: *Como decíamos ayer*, quedé triste y quebrantado, sumido en el estupor y la inconsciencia durante un rato larguísimo. Tenía una rozadura de bala en el rostro, los ojos ardientes, la piel seca y el estómago ahilado; la sensación de hambre me dominaba, pero pensar en comer cualquier cosa, ¡puah, qué asco!

Estaba en una habitación grande y ventilada: la luz, que se colaba por las altísimas rejas, entraba como temerosa, como asustada, como recatándose y de tapujo; era una luz gris que daba aspecto más sórdido á las frazadas de los que dormían echados en el suelo, mostraba más tristes los harapos de nuestros uniformes y ponía más pavor en el ánimo de todos.

Un sujeto rubio, fornido y con acento extranjero, me dijo despacio:

— *A ostedes los fosilan; á mí me traxeron por equívoco y lo mandé decir á mi cónsul.*

Era claro, sí, nos fusilarían siguiendo la ley terrible que regía las relaciones de los dos bandos: no dar ni esperar cuartel; pero ello es que nadie se movía, y apenas si en una habitación distante se oían voces y trajín.

Anduve todo el trecho que me separaba de la puerta, otra pieza más larga que la en que había estado y llena

también de gente, y al llegar á la otra me recibió dándome en las narices un olor desagradable que me recordó á Núñez y á Herrera y Cairo, el olor del cloroformo.

¡Qué espectáculo! A la luz de unos mecheros de manteca se veían muchos hombres con mandiles que daban órdenes á varios mozos y á unas mujeres de gorras blancas, que andaban en aquella semiobscuridad.

— Este por aquí, hermanita; es de los de la conserva y puede pelearse con el chinacate que está al lado. ¿Ya espichó? Pues afuera, que nos falta lugar...

— No hay cuidado, señor coronel. ¿No más eso es?... Pues con amputar las dos patitas su mercé queda listo.

— Bien cortada esa pierna, compañero; quizás debía de haber sido arriba de la articulación, pero no hay tiempo de perfiles. Ahora al muñón...

Al que decía estas cosas, que era un caballero simpático y atractivo, se le acercó un oficial y le dijo en voz alta:

— Doctorcito, sería bueno que se escaparan; los tagarnos van de huída y puede pasarles algo.

El médico se volvió á quien le hablaba, teniendo en la mano la sierra con que amputaba un pie al coronel que acababa de llegar.

— ¿Cómo marcharnos? repuso. ¿No ve usted que la vida de estos hombres depende de nuestros cuchillos? Sígame, amigo Covarrubias, que este señor oficial está

viendo visiones: no hay partido en el mundo que persiga á los médicos, y si lo hay, ¡cómo ha de ser!...

Y Covarrubias siguió aplicando á la nariz del herido una servilleta empapada en cloroformo.

El número de colchones tendidos en el suelo crecía á cada momento; ya no eran soldados liberales y conservadores; eran transeuntes que habían caído al disparo de una bala del cañón del destino. La pieza se llenaba de gentes y de lamentos, y los cinco médicos, los dos practicantes y las seis hermanas de la Caridad, no se daban abasto para atenderlos.



— ¡Jesús, Dios mío! decía uno que entregaba el alma. ¡Jesús me ayude!... ¡Jesús me ayude... Jesús me ayude!

— ¡Jesús le ayude... Jesús le ayude!... *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam*, decía la hija de San Vicente con un crucifijo en la mano.

— Agua, hermanita; deme una poquita de agua.

Y el pobre bebía con ansia el contenido del jarro que le ofrecían.

— ¡Agua á mí, por el amor de Dios! gemía otro.

Y «agua», «agua» pedían todos á grandes voces.

— No creas, me dijo Juan, que éstos sean los únicos; en otras piezas tenemos más. Es un horror... ¡Qué heridas hacen estos malditos fusiles!... ¿Y la metralla?... ¡Ay, Juanito, convéncete de que la guerra es el mal más grande!... Esto destroza el alma.

Se retiró para oír á Rivero que le daba una orden.

— Muy bien, señor, ya entendí; resecar la costilla de arriba abajo... En seguida...

De repente se produjo gran estrépito: acicates golpeando el suelo, vainas de sable chocando contra las paredes, cornetas dando al aire dianas flamíferas; era el general en jefe que llegaba acompañado de su Estado mayor.

Recorrieron las tres piezas llenas de prisioneros y de heridos, y al volver á donde había yo quedado, oí que dijo Márquez:

— ¿De talento? ¿Tienen talento esos farsantes? Pues mejor; siendo así, hay que tratarlos con más energía; son alacranes con alas...

No tardó en entrar un carnicero, llamado Daza Argüelles, con media compañía de tropas. Levantaron á todo el mundo á culatazos y nos hicieron salir al patio.

— ¡A formar, bandidos! ¡á ver si como roncan duermen!

Los médicos quedaron en su sitio, esperando el resultado de lo que se anunciaba; no hubiera que curar más heridos ni que cortar más miembros.

Quedé junto á la puerta mientras se organizaban los cuadros.

Como la labor era mucha, había que abreviarla, y un verdugo genial pensó que varios fusilamientos simultáneos serían más breves y darían mejor efecto: así se vería lo que pasa en las catedrales cuando dicen varias misas los sacerdotes, que mientras uno de los oficiantes va en el introito, otro llega al evangelio y otro dice el *ite, missa est*; por esto, mientras en un cuadro se prevenía á uno, otro recibiría la descarga y otro daría las boqueadas.

Pero pronto llegó orden en contrario: no, no había por qué apresurarse; así acabaría en unos cuantos minutos un placer que podía prolongarse mucho tiempo; los manjares delicados se saborean poco á poco y sin precipitación.

¡Qué espectáculo el nuestro! Todos tiritábamos de frío, y quién envuelto en raído capote, quién en Mac Farland y sin zapatos, quién vestido con uniforme de oficial y tapado con frazada del Saltillo, mirábamos aquel crepúsculo que se despedía entre nubes de sangre, como si hasta el cielo hubiera ascendido la que se había derramado en la tierra.

Los pájaros, en lo alto de los árboles, piaban descon-

fiados, como buscando el nido de que los había alejado la maldad de los hombres.

El primero que llegó fué el general don Marcial Lazcano. Le seguían como veinte individuos entre oficiales y tropa, y corrían delante de él queriendo solazarse con el exquisito espectáculo que daría el maldito demagogo. Muchos habían sido subordinados de Lazcano y habían sido reprendidos por él; otros sabían que era un bravo y que moriría valientemente; había que verle á toda costa.

— Aquí viene el testarudo, decía uno.

— Para que vea lo que es juntarse con bandidos.

— A ver si ahora se arrepiente.

— Que lo venga á salvar el sacristán de Morelia.

El viejo guerrillero alzó la cabeza, que llevaba agachada, dejó de rezar la oración que mascullaba entre dientes, y volviéndose á los que le vejaban, dijo sereno:

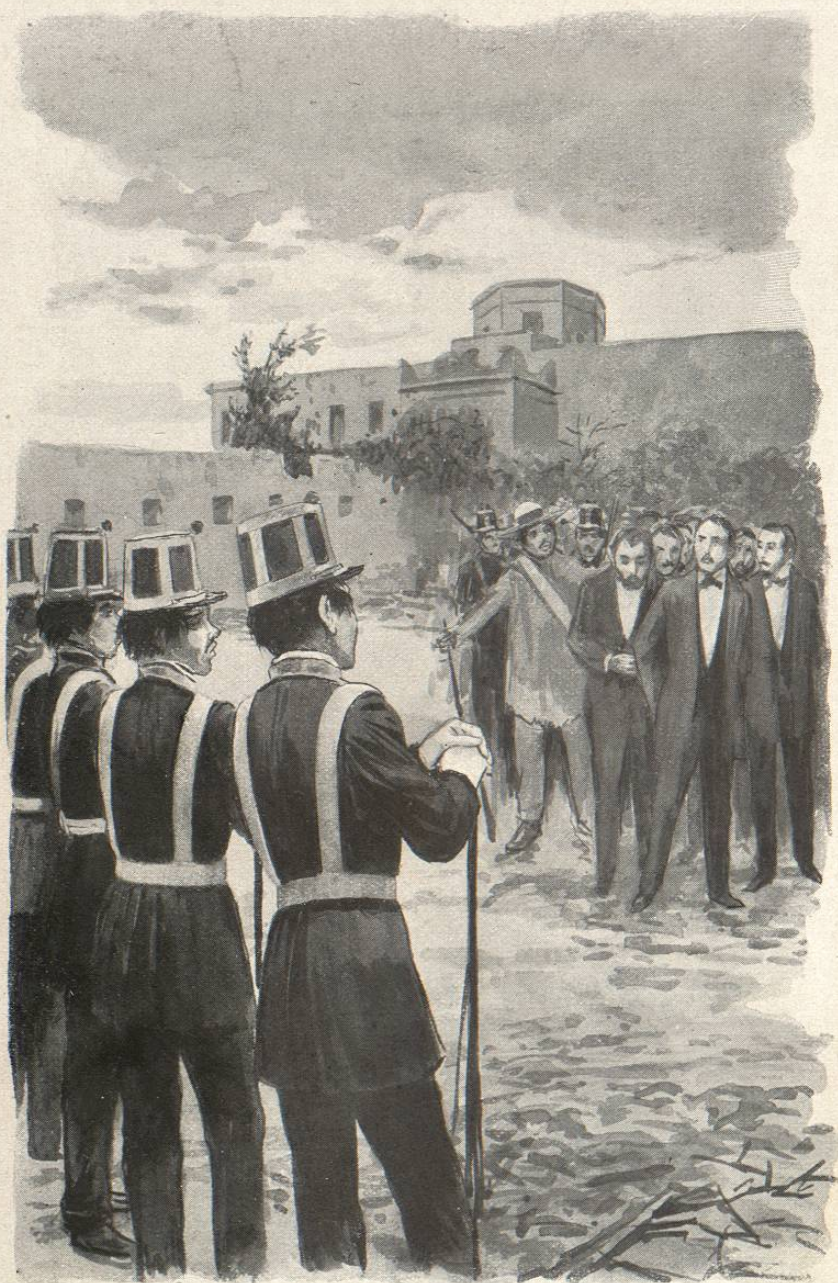
— Señores, no hay cobardía ni bajeza más grandes que insultar á un muerto.

Le ordenaron que se volviera de espaldas para fusilarle como traidor, y contestó:

— ¡No soy traidor por defender la libertad de mi patria; sólo siento morir por mi familia, que vive de mi sueldo!

Pidió un vaso de agua, recibió la descarga y cayó al pie de un árbol.

Murieron después el coronel Jenaro Villagrán, que tenía una importantísima hoja de servicios por su bri-



... á poco salieron en cuerpo de patrulla los doctores

llante comportamiento en tiempo de la invasión americana; el coronel Arteaga, escribano afiliado á la Guardia nacional, el capitán López y el teniente Sierra.

Creíamos que seguirían ejecuciones de militares, pero nos engañamos; á poco salieron en cuerpo de patrulla los doctores y fueron colocados en el patíbulo uno tras otro. Eran don Manuel Sánchez, don Gabriel Rivero, don Juan Duval, inglés de nación, don Alberto Abad y don Ildefonso Portugal.

Sánchez era el mismo diestro cirujano que acababa de decir que no huía porque su puesto estaba en el hospital; Rivero era el jefe de nuestro cuerpo médico; Duval era un hombre acomodado, caritativo y filántropo, que jamás recibía paga por sus servicios y que había ido á nuestras filas porque creyó ser útil á los desgraciados; Abad era un joven lleno de esperanzas, y Portugal, hombre de talento clarísimo, pertenecía á una distinguida familia de Morelia: era primo hermano de don Severo del Castillo, ministro de la Guerra en el gabinete de Miramón.

Juan Díaz Covarrubias y José María Sánchez, mis más antiguos y queridos amigos, también estaban entre los sentenciados.

Los médicos murieron tranquilos, vitoreando á la libertad, maldiciendo á sus verdugos y llenos de fe y esperanza.

Luego tocó el turno á los ayudantes, que estaban

reservados para su hora. Sánchez lloraba como un chiquillo recordando su hogar lejano, su madre amorosa, su carrera truncada; pero á la hora que tuvo que recibir las balas, se rehizo y murió como un valiente.

Juan Díaz Covarrubias era un niño, el bozo apenas le pintaba, el semblante era jovial y comunicativo; el cuerpo, mediano y bien proporcionado, ostentaba miembros atléticos; parecía nacido para vivir y luchar luengos y dichosos años; sólo la mirada era triste y honda, como si viniera de regiones lejanas.

Pidió mi amigo un confesor, pero le dijeron que no había tiempo. No hubo un solo sacerdote allí donde morían tantos hombres; todos estaban ocupados en preparar los turíbulos para incensar á Miramón y á Márquez.

Pidió Juan el permiso para despedirse de su hermano: le dijeron que no había tiempo.

Pidió papel y pluma para escribir á su familia: le dijeron que no había tiempo.

Echó el pobre una mirada en su derredor, encontró la mía que le buscaba, y me sonrió. Quizás mi semblante, un semblante amigo, le haya recordado que no moría solo y haya gozado ese lenitivo en su agonía.

Luego se colocó como le ordenaron y regaló su reloj al oficial que mandaba la ejecución. Los soldados lloraban sin atreverse á disparar; el oficial repitió las voces de mando, y sólo salieron dos tiros; uno hirió á Juan en una

pierna y otro en la caja del cuerpo; pareció que había muerto y así lo arrojaron en el montón de cadáveres.

El grupo de prisioneros había guardado silencio ante aquellas atrocidades; pero cuando vió que caía aquella cabeza privilegiada de poeta y de pensador, un murmullo sordo corrió por las filas de los que aguardábamos seguir la suerte del simpático jalapeño.

Nunca lo hubieran oído los asesinos; á culatazos primero y á bayonetazos después acallaron la protesta de los que casi ya no pertenecían á la comunión de los vivos.

Iban á seguir su tarea con los que estábamos presentes, cuando los verdugos llegaron conduciendo á un hombre de buena edad, guapo y simpático. Llevaba un saco ligero de alpaca y zapatillas de andar por casa; en efecto, se encontraba en Mixcoac, al lado de su mujer y sus hijos, cuando fué aprehendido el licenciado don Agustín Jáuregui.

De prisa se le fusiló, de prisa se le arrojó al montón de los cadáveres y de prisa se pasó á otro sentenciado.

Era Manuel Mateos, joven á quien tú conociste y estimaste por su hermoso talento, por su habilidad para manejar la pluma y por su noble y sincero entusiasmo en favor de la libertad. Hacía un año que había recibido el título de abogado, y unos cuantos meses que se había unido al ejército liberal. No hubo un cobarde entre todos los asesinados, pero menos lo fué Mateos. Dirigió la pa-